

# HISTORIA ORAL, HISTORIA VIVIDA. EL USO DE FUENTES ORALES EN LA INVESTIGACIÓN HISTÓRICA

Mercedes YUSTA

*Universidad de Zaragoza – ERESCEC*

**E**l recurso al testimonio oral ha estado presente en la elaboración de la narración histórica prácticamente desde sus comienzos. Así, en el siglo V a.C., el historiador griego Heródoto de Halicarnaso redactaba su monumental *Historia* recogiendo, principalmente, tradiciones orales y relatos de sus contemporáneos. Con ello, según Hayden White, había fundado la historiografía tradicional dándole la forma de una serie de relatos vividos, de recopilación de experiencias individuales y colectivas, cuya veracidad se basaría en la correspondencia de la narración elaborada por el historiador con las experiencias vividas por personas reales del pasado. El historiador, por lo tanto, no sería sino un *porteur*, un mensajero entre el pasado y el presente pero también entre la oralidad y la escritura, el depositario de una tradición oral y el encargado de consignarla por escrito<sup>1</sup>.

Posteriormente, a partir del siglo XIX, la institucionalización de la disciplina histórica, relacionada con la creación de archivos nacionales y escuelas de diplomática, entronizaba la soberanía del documento frente al relato oral. Este rechazo del testimonio oral como fuente válida para el estudio histórico fue definitivamente sancionado por Langlois y Seignobos en su obra de 1898, *Introduction aux études historiques*, en la cual los fundadores del positivismo arrojaban la oralidad a las tinieblas de la ahistoricidad:

L'écriture fixe l'affirmation et en rend la transmission fidèle ; au contraire l'affirmation orale reste une impression sujette à se déformer dans la mémoire de l'observateur lui-même en se mélangeant à d'autres impressions [...]. La tradition orale est par nature une altération continue; aussi dans les sciences constituées n'accepte-t-on jamais que la transmission écrite<sup>2</sup>.

Este rechazo del testimonio oral frente a la *fiabilidad* de lo escrito no estaba basado tan sólo en justificaciones meramente científicas. La institucionalización de la disciplina histórica llevada a cabo a lo largo del siglo XIX respondía a un proyecto político de largo alcance y formaba parte, a título principal, del proceso

de construcción del Estado-nación liberal y burgués; filosóficamente, la disciplina histórica se va a basar en una concepción hegeliana de la historia cuyo protagonista es un sujeto supraindividual y, metodológicamente, va a buscar sus fuentes en la documentación que produce este mismo Estado-nación, el cual es en realidad el protagonista de la narración histórica. Historia es, pues, historia de la Nación y sus notables; historia de las elites políticas y económicas, de la burguesía, historia cuyo medio de transmisión y reproducción por excelencia va a ser la escritura, soporte de la cultura de las elites frente a las clases bajas, un «pueblo llano» sumido en un confuso magma de tradiciones, vivencias y experiencias transmitidas y perpetuadas oralmente.

Sin embargo, otras disciplinas no fueron tan desconfiadas respecto a la validez del testimonio oral como método de transmisión de conocimientos o como base del conocimiento científico. Ya en 1851, Henry Mayhew se basaba en entrevistas de obreros ingleses para elaborar su gigantesca encuesta *London Labour and the London Poor*; y también durante el siglo XIX dialectólogos, etnólogos e incluso escritores como Walter Scott, Gustavo Adolfo Bécquer o George Sand recogían y compilaban tradiciones orales para la elaboración de sus trabajos científicos o literarios. La palabra *folklore* aparece en el vocabulario científico en 1846; es una señal más del creciente interés por este corpus de conocimientos transmitidos de forma oral de generación en generación que, al mismo tiempo, constituye el patrimonio cultural de las clases populares. A principios del siglo XX es el turno de la institucionalización de la etnología como disciplina científica; etnólogos y dialectólogos van a ser de hecho los primeros en efectuar grabaciones sonoras y concebir archivos para su conservación y consulta. En 1899 se crea un archivo sonoro en Viena, en 1904 en Berlín, y en 1911 se fundan en la Universidad de París unos archivos de la palabra que se convertirán en Fonoteca Nacional en 1938. Pero estos archivos quedarán como centro de investigación de lingüistas y etnólogos, ante la falta de interés de los historiadores<sup>3</sup>.

No obstante, todos estos procesos preparaban insensiblemente a la utilización de los testimonios orales en la investigación histórica. Tradicionalmente se sitúa el origen de este desplazamiento del interés por el testimonio oral desde la sociología y la etnología hacia la historia en Estados Unidos: un país con una tradición historiográfica corta, sin antiguos archivos que salvaguardar religiosamente y ajeno a los rígidos procesos europeos de construcción del Estado-nación y de la paralela institucionalización de la disciplina histórica. Durante los años veinte y treinta, la conocida como «Escuela de Chicago» fomentó la recogida de testimonios individuales para la elaboración de estudios de ecología urbana que trataban de hacer inteligibles los procesos de transformación de las grandes ciudades, la transición del mundo rural a la sociedad industrial y la aparición de una creciente población marginal. Trabajos como el de W. I. Thomas y F. Zaniecki, *Polish peasant in Europe and America* (1918) o el de Clifford R. Shaw, *The Jack-Roller, a Delinquent Boy's Own Story* (1930), que muestran el interés de

los sociólogos de la Escuela de Chicago por las capas marginales de la población y se basan principalmente en testimonios autobiográficos (las llamadas «historias de vida»), van a marcar posteriormente la toma de posición ético-metodológica por parte de la historia oral<sup>4</sup>. Sin embargo, el título de «inventor de la historia oral moderna» ha recaído sobre el profesor Allan Nevins, que creó en 1948 junto con Louis Starr la *Columbia Oral History Office*, cuyo objetivo, contrariamente al de los trabajos descritos anteriormente, era recoger y conservar el testimonio de personalidades destacadas de la vida política, económica y cultural de los Estados Unidos. Lo que diferencia la experiencia de Nevins de la Escuela de Chicago es no sólo la clase social de sus «informantes» sino, de manera más significativa para el futuro de la historia oral, el hecho de proceder a la grabación sonora y posterior transcripción de los testimonios, creando así por vez primera verdaderos «archivos de historia oral». El modelo de Nevins proporciona por tanto la metodología, pero no explica el éxito de la historia oral a partir de los años sesenta: éste se debe más bien a la coyuntura política del momento y a la aparición de una joven clase intelectual marcada por el interés hacia el Tercer Mundo, el anticolonialismo y las veleidades revolucionarias. De hecho, los primeros historiadores orales se reclamarán herederos no de la *Columbia Oral History Office*, sino de la Escuela de Chicago y su vocación hacia la recuperación de la historia y la experiencia de las capas marginales de la población.

En Europa, la historia oral va a suponer una forma revolucionaria de hacer historia en los márgenes de la Institución. Los *History Workshops*, fundados por Raphael Samuel en 1967 en el Ruskin College (Oxford), van a simbolizar esta nueva forma de trabajar en la investigación histórica en ruptura con el proceso de profesionalización e institucionalización comenzado en el siglo XIX y, al mismo tiempo, representan bastante bien el fundamento teórico que se encuentra en la base de la práctica de la historia oral. En estos «talleres de historia» trabajaban investigadores no profesionales, que se esforzaban, bajo la batuta de Samuels, en construir un nuevo paradigma de historia popular (*people's History*) y socialista. Se trataba de un *parti pris* cuyo objetivo era la democratización de la disciplina histórica devolviendo la historia al pueblo, idea desarrollada por el historiador anglosajón Paul Thompson en *The Voice of the Past*, que se convertirá en la Biblia de los historiadores orales<sup>5</sup>. En efecto, la historia oral proporcionaba, al mismo tiempo, un fundamento teórico para esta democratización y la metodología para llevarla a la práctica. El desarrollo de la historia oral está ligado a la recuperación como sujetos de la narración histórica de personas o colectivos que hasta ese momento estaban en los márgenes del discurso histórico, cuya experiencia no se consideraba digna de estudio por pertenecer al ámbito de lo cotidiano y lo subjetivo. Grupos sociales como los campesinos, las mujeres, los inmigrantes, los obreros «no conscientes»<sup>6</sup> u otros colectivos olvidados por la historia «oficial» y además, en muchos casos, con una relación problemática con la escritura, encontraban en la historia oral una forma de relatar sus experiencias y darles

historicidad. Se trataba de hacer «historia desde abajo», de «dar voz a los sin voz»: la toma en cuenta de la oralidad y su transformación en fuente de investigación histórica (la fuente oral) fue toda una revolución que permitía a las capas populares participar en la construcción del discurso histórico con el aporte de su propia experiencia vital. Al mismo tiempo, y con una cierta lógica, esta forma de hacer historia se practicaba en muchos casos al margen de la Institución, por historiadores que estaban fuera del circuito académico y que trabajaban en la construcción de una historia militante y experimental, como en el caso de los *History Workshops*.

La «edad de oro» de la historia oral en Europa son los años ochenta. Paradójicamente, son también los años de su progresiva institucionalización, lo que le va a dar un protagonismo innegable en los círculos oficiales de la investigación histórica pero, a la vez, la va a despojar de una parte importante de su potencial revolucionario. Ya a principios de los noventa se empieza a hablar de la «banalización» de la disciplina, sobre todo en Francia, donde su institucionalización había ido acompañada de una creciente desconfianza por parte de historiadores considerados más «serios» y que finalmente acabará por impregnar a los propios historiadores orales (o que se ocupan accidentalmente de hacer historia oral o utilizan testimonios orales). Por una parte, esta desconfianza se inscribe en un debate historiográfico mucho más amplio, el suscitado por la eclosión de una multiplicidad de sujetos en la historia social y el consiguiente «desmigajamiento de la disciplina», según la expresión utilizada por François Dosse<sup>7</sup>. A este debate contribuye la inquietud de ciertos historiadores de vocación globalizadora, a menudo relacionados con la escuela de los *Annales*, por la ausencia de un paradigma unificador y, dentro de esta lógica, se le va a reprochar a la historia oral el haber contribuido a la explosión temática de la historia social, al ocuparse de nuevos sujetos y —pecado mortal historiográfico— al haber introducido la subjetividad en el discurso histórico. Por otra parte, la desconfianza suscitada por la historia oral tiene sus propias características, que van desde el cuestionamiento del estatuto de la fuente oral, hasta la propia puesta en cuestión de la existencia de la historia oral como una disciplina específica. Ya en 1992, en un número de los *Cahiers de l'IHTP* consagrado a las fuentes orales, Danièle Voldman consideraba que el calificativo de «historia oral» sólo era apropiado para aplicárselo a un momento historiográfico concreto, los años 80, y no a una disciplina histórica como tal, ni siquiera a una práctica historiográfica que pudiera darse fuera de ese lapso de diez años. En el mismo número, Denis Peschansky dedicaba un artículo a los «efectos perversos» del testimonio oral<sup>8</sup>. No se trataba en realidad de hacer cruz y raya sobre la utilización de testimonios orales en la investigación histórica, por supuesto, pero sí de una llamada a la prudencia: desde el IHTP se recordaba que la fuente oral no era sino una fuente entre otras, y que la escritura de la historia es un asunto complejo, que requiere un alto grado de profesionalización.

En el fondo, de estos textos surgidos en el seno del IHTP, una institución que, por sus características, sus orígenes y su objeto de análisis histórico —el tiempo presente— debería tener el mayor interés en el fomento de la historia oral, se desprende la impresión de que de nuevo estamos frente al problema de la superioridad de lo escrito frente a lo oral y de un conocimiento histórico accesible sólo a los iniciados frente a la experiencia aleatoria y subjetiva de los testigos. En realidad, ya no sabemos muy bien si se trata de una desconfianza metodológica suscitada por la propia historia oral o, si por el contrario, estamos ante un conflicto entre los historiadores y los testigos por la posesión de la verdad histórica, entre «los que saben» y «los que han vivido», es decir, ante una cuestión de legitimidad. Dicho conflicto se manifestó de forma virulenta en el mediatizado debate organizado por el periódico *Libération* en 1997 entre el matrimonio Aubrac y ocho historiadores y resistentes, que se transformó rápidamente en un verdadero proceso a los Aubrac y, de paso, al mito de una Resistencia heroica e irreprochable, con los historiadores transformados en jueces y los testigos en acusados. Y no se trata sólo del caso de los Aubrac: en los años precedentes habían aparecido varias obras en las cuales se cuestionaban ciertos mitos y personajes de la Resistencia, desde Arthur London al propio Jean Moulin. Es cierto que, en este caso, más que de un cuestionamiento de las fuentes orales en cuanto tales, se trataba de una interrogación acerca del papel desempeñado por determinados resistentes durante la Ocupación, pero no es menos cierto que la confrontación entre el testimonio oral de los protagonistas y los documentos de los archivos, concretamente los archivos de la KGB que por esas fechas empezaban a ser consultables, ocupó un lugar central en estas controversias<sup>9</sup>.

En la actualidad, tanto la historia oral como los conflictos entre historiadores y testigos han dejado de estar en el centro del debate historiográfico francés. El interés se ha desplazado casi insensiblemente hacia temas relacionados con la transmisión y el testimonio oral, como son la memoria (colectiva, social, histórica...) y la construcción de la identidad. Sin embargo, en este desplazamiento se ha operado también un cambio de sujeto: esta memoria y esta identidad son colectivas y están puestas al servicio de una voluntad conmemorativa; los testigos son ahora conminados a un «*travail de mémoire*» o a un «*devoir de mémoire*» del que son responsables ante la comunidad (nacional). El peso de estos enormes destinos colectivos aplasta al individuo, que otra vez carece de voz en el gran concierto de la Historia. En este nuevo sistema en construcción, quizá con vocación de nuevo paradigma, tampoco parece haber mucho sitio para las memorias alternativas o minoritarias: las de los inmigrantes o las mujeres, por ejemplo. Un trabajo que testimonia a la perfección de estos desplazamientos es la monumental obra colectiva conducida por Pierre Nora, *Les lieux de mémoire*<sup>10</sup>. Porque, si observamos atentamente, estos *lieux de mémoire* están al servicio de un proyecto de construcción de una identidad *nacional* con unas características muy definidas. ¿Estamos otra vez frente al Estado-nación como sujeto de la historia?

En lo que respecta a España, los años ochenta también son años de auge de la historia oral, pero las diferencias con el caso francés son muy notables y la comparación puede servirnos para iluminar los procesos seguidos en ambos países. Para empezar, cuando la historia oral comienza a ser practicada en España la situación de la historiografía tenía poco que ver con el caso francés. Algunos historiadores se referían a la historia social española como un «páramo», casi envidiando esa misma eclosión de sujetos que inquietaba a muchos historiadores en Francia<sup>11</sup>. Es cierto que tras la larga travesía del desierto del franquismo y, a pesar de la meritoria labor de Jaume Vicens-Vives como introductor de la historia económico-social en España, quedaban en la historiografía española, y especialmente en lo referente a la historia del siglo XX, muchas lagunas que colmar. Y los primeros trabajos de historia oral se van a ocupar precisamente de rellenar esos vacíos, inscribiéndose en la línea historiográfica de recuperar la historia de las mayorías «sin voz», y sobre todo de aquellos sectores dejados en la sombra por una incipiente historia del movimiento obrero todavía demasiado encorsetada en un rígido estructuralismo marxista. Surgen así con el recurso a la historia oral o a las fuentes orales trabajos sobre el anarquismo o la participación de las mujeres en los procesos políticos del primer tercio del siglo XX, y posteriormente sobre el exilio, la oposición política y sindical, la guerrilla, la represión franquista, etc. Por lo tanto se puede decir, como hace Cristina Borderías a mediados de la década de los noventa, que la historia oral ha actuado como dinamizadora en la renovación de la historia social española<sup>12</sup>. Al contrario de lo que sucede en otros países de Europa, la práctica de la historia oral en España va a surgir del interior de la Universidad y contará pronto con un amplio apoyo institucional. Concretamente, el primer grupo de investigación en historia oral surge ya en los años setenta en la Universidad de Barcelona, y este grupo estará en el origen de la publicación de la revista *Historia y Fuente Oral* (posteriormente llamada *Historia, Antropología y Fuentes Orales*), dirigida por Mercedes Vilanova, cuyos trabajos de historia oral sobre el analfabetismo constituyen probablemente una de las aplicaciones más interesantes y pertinentes del estudio de la oralidad a la investigación histórica, ya que el analfabeto o la analfabeta, por definición, no puede expresarse sino oralmente<sup>13</sup>. A principios de los ochenta se crea el Seminario de Fuentes Orales de la Universidad Complutense de Madrid, y ya en los noventa son frecuentes los encuentros, congresos y seminarios de historia oral a nivel nacional.

Sin embargo, lo que caracteriza y diferencia el desarrollo de la historia oral en España no es solamente su rápida aceptación por las instituciones académicas (a pesar del escaso éxito de la denominación «historia oral», a la cual se va a preferir, como en Francia, la de «fuentes orales»), sino también la colaboración entre los y, sobre todo, las universitarias (el predominio de mujeres en las investigaciones con fuentes orales es notable y nada casual) y personas ajenas al mundo académico, miembros de asociaciones y organizaciones de diversa naturaleza que utilizan las fuentes orales en el marco de una doble práctica

histórica y militante, como la Fundación Salvador Seguí (CGT), AVIFOR (Asociación Valenciana de Investigación con Fuentes Orales), AGE (Archivo Guerra y Exilio), la Fundación Primero de Mayo (CC.OO.)... Señalemos, de paso, que en España la no profesionalización es una característica común a muchos y muchas de quienes se interesan por la historia oral y que, al mismo tiempo, la fuente oral es la herramienta más frecuentemente utilizada por los colectivos que tratan de investigar su pasado y dotarse así de una memoria histórica, de una identidad: asociaciones, sindicatos u organizaciones políticas recurren a la memoria de sus militantes, sobre todo si han atravesado largos períodos de clandestinidad durante los que no podían producir documentos. Este proceso de «búsqueda de raíces» constituye en sí mismo una práctica militante además de historiográfica, como en el caso de muchos grupos feministas, que tratan de construir una genealogía femenina para dotarse de identidad y a la vez mostrar la especificidad de la experiencia femenina en la historia (y así explicar su propia práctica feminista). Para ello, recogen el testimonio de las mujeres que las han precedido en la militancia feminista, o simplemente testimonios de mujeres «normales», valiosos en cuanto que comunican una experiencia —un *vécu*— femenino que nunca había sido recogido y compilado anteriormente, en parte, una vez más, por la relación poco confortable entre estas mujeres y la escritura.

Esta colaboración entre investigadores / as y miembros de asociaciones, grupos políticos, sindicatos, etc. hace que la historia oral en España conserve un carácter militante como «motor democratizador» de la investigación y del discurso histórico, en la línea defendida por Paul Thompson y los *History Workshops*, por ejemplo. En España no se detectan todavía señales de conflicto entre historiadores y testigos, probablemente por una concepción diferente de los objetivos y los límites de la investigación en historia oral, pero al mismo tiempo por esta colaboración «militante» que supone, entre otras cosas, un compromiso con los herederos de una cultura popular de la resistencia antifranquista. Y hay otro elemento diferenciador muy importante en el hecho de que el estatuto del testigo en España difiere mucho del francés. Esto se manifiesta particularmente en el caso de los movimientos de resistencia al ocupante alemán en Francia y los resistentes antifranquistas en España; los primeros están investidos de una legitimidad de la que carecen los segundos, puesto que la historia «les dio la razón» y son los supervivientes de un combate del que salieron vencedores. Tras décadas de consenso, los historiadores franceses han comenzado a poner en cuestión algunos de los elementos comúnmente aceptados de esta historia consensual de la Resistencia. Pero en España todavía se trabaja en la construcción de ese consenso del que partir para poner en cuestión las verdades aceptadas. De ahí el compromiso de los historiadores orales con los testigos, puesto que la tarea urgente era establecer su versión de la historia, la versión de los vencidos, tras décadas en las que, al contrario que en Francia, no se pudo escuchar la voz de los resistentes<sup>14</sup>.

En su artículo sobre la historia oral en España a mediados de los noventa, Cristina Borderías deploraba la todavía escasa reflexión de la disciplina en torno a temas bien estudiados en el país vecino y estrechamente relacionados con el testimonio oral, como la construcción de la identidad o la memoria colectiva, vacío que está empezando a colmarse en estos últimos años gracias a las reflexiones llevadas a cabo en la Universidad de Salamanca o por los equipos de investigación de Historia del Tiempo Presente de la Universidad de Logroño o de la Complutense. Sin embargo, como veíamos más arriba, en Francia el estudio de estos fenómenos ha desembocado en una suerte de abstracción y, en todo caso, en una desposesión de la memoria de los individuos que han vivido la historia en provecho de un sujeto colectivo, nacional. Ya no se trata pues de la memoria social, asociada a las experiencias reales vividas por los miembros de una colectividad, sino a una gestión oficial y política de la memoria, que ya no necesita recurrir a los testigos ni a las fuentes orales, puesto que los ha sustituido por unos «lugares de la memoria» que por sí mismos revelarán toda su carga simbólica al historiador. Por supuesto, considero que el concepto de «lugares de memoria» es sumamente fructífero y no debe ser desechado, pero también que su importación indiscriminada a contextos diferentes del francés puede conducir a derivas históricas que, entre otras cosas, sustituyan una memoria oficial y de consenso a la memoria de naturaleza conflictual y en ocasiones contradictoria que nos transmiten las fuentes orales. En palabras del historiador Abdón Mateos,

La fuente oral resulta una excelente vía de acceso a las nociones de memoria histórica colectiva y cultura política en la historia del tiempo presente. Su importancia se acrecienta en la medida en que el pasado reciente no haya cristalizado todavía como memoria autobiográfica. La debilidad de la literatura autobiográfica para el tiempo más inmediato solamente puede suplirse con la fuente oral. Acceder a la experiencia vivida autobiográfica y colectiva de un miembro de un grupo social o asociación humana en el tiempo presente depende, en buena medida, del recurso a la fuente oral. *El estudio de la política de la memoria, de las conmemoraciones, puede darnos pistas sobre la existencia de una determinada memoria dominante en el seno de un partido político pero puede que no nos desvele cómo los diversos colectivos generacionales han vivido ese injerto de memoria histórica*<sup>15</sup>.

La historia oral, por tanto, tiene todavía muchas cosas que decir, y su potencial para desvelar los diversos estratos de memoria sepultados en los períodos difíciles de nuestra historia reciente sigue siendo imprescindible para la escritura y la comprensión de esa misma historia. A pesar de la diversidad o la subjetividad de esos testimonios orales o, tal vez, precisamente gracias a ellas. Puesto que la memoria no puede ni debe ser una.

---

<sup>1</sup> H. White, *El contenido de la forma. Narrativa, discurso y representación histórica*, Barcelona, Paidós, 1992, p. 41.



- <sup>2</sup> Citado por M. Trebitsch, «Du mythe à l'historiographie», en D. Voldman (coord.), *La bouche de la vérité ? La recherche historique et les sources orales. Cahiers de l'IHTP (Institut d'histoire du temps présent)*, n° 21, nov. 1992.
- <sup>3</sup> Id.
- <sup>4</sup> Estos testimonios autobiográficos no eran testimonios orales propiamente dichos; en el caso del *Jack-Roller* el protagonista, un delincuente juvenil, escribía su vida a instancias del investigador. Lo mismo ocurre con la obra de Thomas y Zaniecki sobre los inmigrantes polacos: en el origen de la investigación no hay un documento de carácter oral tal y como lo entendemos hoy (una grabación sonora), sino un documento escrito. Pero por una parte, el resultado está muy próximo de la oralidad y, por otra, este tipo de «historias de vida» tienen en común con las fuentes orales el hecho de ser testimonios inducidos, provocados y dirigidos por el investigador.
- <sup>5</sup> P. Thompson, *The voice of the Past*, Oxford, Oxford U.P., 1978. Algunos de los planteamientos generales de Thompson, aunque sin el trasfondo de revolución radical de la disciplina, serán retomados por P. Joutard, *Ces voix qui nous viennent du passé*, París, Hachette, 1983. Joutard fue, además, el primer historiador francés en aplicar una encuesta oral a la investigación histórica en su obra *La légende des Camisards, une sensibilité au passé*, París, Gallimard, 1977.
- <sup>6</sup> Puesto que la historia del movimiento obrero no deja de ser, en muchos casos, una historia de elites, en este caso de las elites «conscientes», de las organizaciones y los dirigentes obreros.
- <sup>7</sup> F. Dosse, *L'histoire en miettes. Des «Annales» à la «nouvelle histoire»*, París, La Découverte, «Armillaire», 1987.
- <sup>8</sup> D. Voldman, «Définition et usages», en D. Voldman (coord.), *La bouche de la vérité ? La recherche historique et les sources orales. Cahiers de l'IHTP (Institut d'histoire du temps présent)*, n° 21, nov. 1992. D. Peschansky, «Effets pervers», en *Cahiers de l'IHTP*, op. cit.
- <sup>9</sup> M. Raffoul, «Les polémiques sur la Résistance», en *Le Nouvel Économiste*, n° 1088, 3 de octubre de 1997, p. 117-119.
- <sup>10</sup> P. Nora (dir.), *Les Lieux de mémoire*, Gallimard, 1984 a 1993. Un análisis crítico de esta obra, sobre todo en lo que tiene de reconstitución de un proyecto de identidad nacional asimilada a los símbolos más visibles del Estado, en S. Englund, «De l'usage du mot «nation» par les historiens, et réciproquement», en *Le Monde Diplomatique*, marzo 1988, p. 28-29.
- <sup>11</sup> J. Casanova, *La historia social y los historiadores, ¿cientista o princesa?*, Barcelona, Crítica, 1991.
- <sup>12</sup> C. Borderías, «La historia oral en España a mediados de los noventa», en *Historia y fuente oral*, n° 13, 1995, p. 11-27.
- <sup>13</sup> Ver, por ejemplo, M. Vilanova, *Las mayorías invisibles. Explotación fabril, revolución y represión. 26 entrevistas*, Barcelona, Icaria, 1996.

<sup>14</sup> Un elemento que hace más compleja la relación de los historiadores españoles con la elaboración de la historia de la resistencia antifranquista es el hecho de que el colectivo de los supervivientes de la guerrilla antifranquista se encuentra todavía inmerso en una lucha por la consecución del reconocimiento moral y político por parte de las autoridades y de la sociedad española. Esto tiene consecuencias historiográficas interesantes, y una de ellas es que los historiadores de la guerrilla se ven así trabajando sobre un período que no está «cerrado», puesto que los testigos perciben su lucha política de la actualidad como una prolongación de su lucha antifranquista del pasado.

<sup>15</sup> A. Mateos, «Historia, memoria, tiempo presente», en *Hispania Nova, Revista de Historia Contemporánea*, Publicado el 26/03/98. Dirección electrónica: <http://hispanianova.rediris.es/general/articulo/004/art004.htm>. El subrayado es mío.